

CANDELA

REVIEW

RAINY 2023



silencio-grito-re/inspiración



Coeditoras: Eilyn Lombard/ Jamila Medina Ríos/ Roseli Rojo/ Vialcary Crisóstomo

Diseño y diagramación: Alejo Cañer

En cubierta: foto de Juan Carlos Rodríguez

En *Voyageuse de l'inexploré*: fotos de Juan Carlos Rodríguez

En interiores: imágenes de archivos de los autores

Logo: Azul

@cancan.delareview correo: candelareview@gmail.com

Consejo Editorial: Rey Andújar/ Sandra Álvarez/ Jossiana Arroyo/ Luis J. Beltrán Álvarez/ Odette Casamayor/ Mabel Cuesta/ Orlando Deavila/ Damian Deamici/ Kristin Dykstra/ Carlos Gardeazábal/ Elena González/ Guillermo Irizarry/ Agustín Lao/ Reynaldo Lastre/ Sophie M. Lavoie/ Jacqueline Loss/ Yarlenis Malfrán/ Margarita Mateo/ José Antonio Mazzotti/ Cristina Piña/ Justo Planas/ Rachel Price/ Aurora Santiago Ortiz/ Esther Whitfiel

Candela Review y su sitio web son financiados por Humanities Institute, y cuentan con el apoyo de El Instituto: Institute of Latina/o, Caribbean, and Latin American Studies, ambos de la Universidad de Connecticut.

Voyageuse
de
l'inexploré

También existe
eso. Me refiero a lo que
no se puede nombrar
—no te puedo
decir
quiero solo
romper
esto que
nos separa.

Descendimiento (2018)

Ada Salas

A la luz de El Boricua: Sarduy, el radar de Arecibo y la fugacidad de la escucha

Juan Carlos Rodríguez

juan.rodriguez@modlangs.gatech.edu

En un viaje a Puerto Rico, Severo Sarduy quedó fascinado por un aparato tecnológico diseñado por la NASA para registrar sonidos procedentes del espacio sideral: el observatorio radio-radar de Arecibo. Dejó su fascinación plasmada en dos de sus últimos ensayos, ambos escritos en 1991, e incluidos en su *Obra completa*, editada por Galaxia Gutenberg: “Arecibo” y “A la sombra de Arecibo (Mito y novela: hoy)”. En su primer ensayo, que se deja leer como una crónica de viaje, Sarduy no pierde la oportunidad de introducir esta invención emisora y receptora de ondas radiales, refiriéndose al paisaje sonoro que encuentra de camino a Arecibo: “Los morenos sacan los pies robustos –medias blancas listadas, zapatos tenis– por las ventanas de los autos; la radio va a toda voz. Se mezclan los tamborines y cencerros de la salsa con los del merengue dominicano. Van los macharranes vociferando, bebiendo cerveza en lata, golpeando con las anchas manos al ritmo de Tito Puente y de Celia Cruz” (“Arecibo”, 1421). Ese paisaje boricua de la salsa y el merengue de los años 80 y 90 se revela en la estampa de Sarduy como un paisaje de cuerpos masculinos que despliegan su acompasamiento a los ritmos de la música tropical desde un plante macharrán. Otra coreografía intergaláctica sirve de contraste a la coreografía terrestre de los macharranes: el baile de los púlsares, “estrellas de neutrones en rotación,” que al implosionar “giran como trompos en el espacio y emiten ondas a cada vuelta, son como faros desmesurados o como relojes del universo...” (“Arecibo”, 1423). En el texto de Sarduy, conviven dos coreografías que jamás llegan a tocarse.

En su capacidad receptora, el radar de Arecibo “detecta, capta, amplifica y registra las ondas de radio que emiten los objetos astronómicos distantes”, y “funciona como si fuera un espejo cóncavo; solo que no se trata de señales ‘visuales’, de imágenes, sino de ondas de radio” (“Arecibo”, 1422). El tamaño monumental del platillo y las antenas del observatorio radio-radar de Arecibo no puede compararse con la ínfima cantidad de energía emitida por los cuerpos celestes: “toda la energía que se ha recibido del cosmos desde que existe la radioastronomía, es decir, desde hace unos 20 años, es más o menos el equivalente de lo que producen cinco miserables gotas de lluvia al caer sobre la tierra...” (“Arecibo”, 1422). Aunque la inversión de la NASA no haya arrojado una escala más amplia de sonidos ni una mayor cantidad de señales energéticas, Sarduy, quizás ingenuamente, mantiene su fe en esta fantasía colonial intergaláctica al declarar, a propósito de los cuásares, que “[e]so es también Arecibo: ondas que llegan para darnos una imagen... de las distintas maquetas de los universos posibles, del tiempo, de sus cortes y repliegues o de sus múltiples densidades” (“Arecibo”, 1423). A Sarduy parece fascinarle el radar de Arecibo, pues brinda la oportunidad de inaugurar una nueva escucha del universo que a su vez pudiera ofrecer nuevas claves del mundo sonoro que se gesta en el Caribe. Del Caribe salsero y merengero, Sarduy se desplaza a un Caribe intergaláctico donde se registran las maquetas de

universos posibles mediante el registro de ínfimas señales energéticas que pueden alojarse en cinco gotas de agua.

En el texto de Sarduy, Arecibo se plantea como un portal de comunicación con el resto del universo a través del programa SETI (Search for Extraterrestrial Intelligence). En su capacidad emisora, el observatorio de Arecibo es utilizado para enviar “una señal de 450,000 vatios, 10 billones de veces más brillante que el fuego del sol, con la esperanza –¿por qué no? –de que algún día alguien la reciba y responda” (“Arecibo”, 1423). Es la promesa de una respuesta proveniente del espacio sideral lo que hace que Arecibo alcance su potencial mítico en los textos de Sarduy.

En su segundo ensayo, “A la sombra de Arecibo (Mito y novela: hoy)”, Sarduy –a contrapelo del rol de la ciencia en el mundo moderno– identifica el carácter mítico de la ciencia como una de las fuentes que dan vida al mundo narrativo de la novela. Concluye su discusión sobre el mito con un giro que lo devuelve hasta Arecibo:

Hablar del mito en el Caribe tiene, finalmente, una significación distinta cuando se habla cerca de Arecibo. Si se habla de la Cosmología como depósito actual del mito no se puede más que cerca o a la sombra de Arecibo. Desde Arecibo se configura o se provoca el Mito, ya que, desde ese observatorio, y desde hace años, se lanzan hacia todas las galaxias visibles en nuestro universo, es decir varios miles de millones de puntos en la clara carta celeste, señales evidentes, inteligibles, descifrables por cualquier ser dotado de inteligencia. Dentro de algunos miles de años, quizás esas señales sean captadas y devueltas, quizás lo han sido ya.

Arecibo es pues la metáfora del Mito. También del escritor, que emite señales, signos, sin saber si, del otro lado del espacio, alguien va a responder... (1426-7)

Quizás en su deseo por rebasar la temporalidad histórica y humana, Sarduy puso su fe en un tiempo milenario. Se refugió en la promesa de una respuesta proveniente de otra galaxia que certificara la existencia de una inteligencia extraterrestre en nuestro universo. Pero Sarduy perdió de vista que el observatorio radio-radar de Arecibo, ese portal al universo que inauguraba la promesa de una nueva escucha, una respuesta, aliada a nuevas dimensiones del tiempo, también formaba parte de la temporalidad histórica de los aparatos tecnológicos, los cuales se vuelven obsoletos y son reemplazados y abandonados por sus creadores.

Cabe preguntarnos qué respuestas pueden elaborarse ante el cierre del observatorio de Arecibo, provocado por el deterioro de su infraestructura a causa de averías reportadas en noviembre de 2020. Ante el anuncio de que el radiotelescopio de Arecibo, hoy en ruinas, no será reparado ni reemplazado, sino que será desmantelado, no podemos dejar de preguntarnos si el mito de Arecibo sigue vigente o si nos hemos quedado ya sin ese mito, sin esa nueva posibilidad de escucha, sin esa promesa de respuesta. ¿Estamos ante un mito desmantelado por los arcanos mundos presupuestarios de la National Science Foundation? ¿Sigue representando el Caribe, desde Arecibo, un portal de comunicaciones con el resto del universo o un agujero negro al que van a naufragar nuestros deseos de fundar una nueva escucha intergaláctica? ¿Son las ruinas del radio telescopio de Arecibo señales de un Caribe inaudito que renuncia a la promesa de una respuesta? ¿Son esas ruinas el rastro de lo inaudible, de lo que no llega a escucharse, en nuestro archipiélago? ¿Qué respuesta hubiese elaborado Sarduy ante el cierre de Arecibo?

A la sombra de Arecibo va surgiendo esta coreografía de cuerpos que bailan a la luz de El Boricua.⁶⁸ Fluyen cuerpos al ritmo de una luz que se derrama. La música se deja mirar, despliega su vibra en el instante preciso, cuando se confabula con las pulsaciones de un obturador que se abre y se cierra en fracciones de segundo. La huella sonora es inaudible, pero queda registrada en la pose de los cuerpos. Solo podemos inferir los latidos del DJ, la agitación de la sangre que circula por la cablería de la consola, la corriente eléctrica que recorre las venas de quienes salen a perrear o “giran como trompos” y “emiten ondas a cada vuelta”. ¿Qué señales nos envían estos “faros desmesurados” del goce musical? ¿Se atreverán a inaugurar otra escucha, ya no a la sombra de Arecibo, sino a la luz de El Boricua? ¿Será una escucha intergaláctica o una escucha fugaz, quizás fractal, que mezcla partículas de barrio y cuásares moviéndose a la velocidad de la luz? ¿Qué promesa de respuesta despliegan estos cuerpos terrícolas e interestelares? ¿Y si, en vez de llegar al radiotelescopio de Arecibo, ahora las señales que emiten las estrellas desde todo el universo atravesaran la falda que usa Edri para bailar bomba? ¿Qué mensajes, qué respuestas, qué escuchas nos traerían? ¿Y si la fugacidad de la pose nos devolviera otra escucha, otra promesa de respuesta?

Bibliografía

Sarduy, Severo. “Arecibo”; “A la sombra de Arecibo (Mito y novela: hoy)”. *Obra completa*, tomo II Gustavo Guerrero y François Wahl (ed. crítica), t. II. ALLCA XX, 1999, pp. 1421-3; 1424-7.

⁶⁸ Se trata del bar El Boricua, ubicado en San Juan, Puerto Rico. El Boricua se define en su página web como: “Bar agradable con una decoración ecléctica y una máquina de discos, además de un patio para música en vivo y baile” (tomado de internet).



